

Los CoNteM poRa nEoS

El esfuerzo que hacen nuestros políticos por huir de las garras de la inteligencia es uno de los espectáculos más ricos de estos días, tan abundantes en situaciones y en personajes. No me refiero, evidentemente, a los políticos gobernantes, cuyo es-

fuerzo personal ha superado ya ese estadio de lucha; por otra parte, son menos comentables. Los políticos que viven en el exterior del círculo mágico —como los picadores situados más acá de la circunferencia blanca que permite que su encuentro con la bestia se produzca solamente en momentos determinados— tienen la gran inteligencia de procurar huir de la inteligencia y de lo que fue llamada "funesta manía de pensar".

Es una postura difícil. Escapar a la inmensa fuerza de atracción de la lucidez y tratar de no ver nunca lo evidente no está al alcance de cualquiera. Suele ser patrimonio del vulgo, destinado a ser escudero de los grandes inversores de la realidad. El pueblo español tiene la fama, que le dieron los saineteros —desde Lope de Rueda a Buero Vallejo—, de estar apegado a las realidades terrenas y de saberse lo posible y lo imposible, lo bueno y lo malo. Por eso le niegan mucho la madurez para la democracia. La inclinaria demasiado a su favor.

Oír y leer ahora es caminar de estupor en estupor. Nunca hubo entelequia más grande que la política de este tiempo. Nada que tuviese menos que ver con la gobernación presente y futura del país. Las grandes voces que los políticos extramuros dan para que los de dentro les dejen entrar tienen la gran resonancia de la oquedad, la gran profundidad del vacío. Necesitan pronunciar algunas palabras mágicas para ser considerados como optan-

tes; necesitan, al mismo tiempo, hacer ver que no las pronuncian. Ser y no ser al mismo tiempo es una de las virtudes de este momento. Como los fantasmas. Hay políticos que son espectros del pasado, y aparecen con el color amarillo

verdoso del tiempo ido. Pero hay políticos que son espectros del futuro, como si la máquina del tiempo funcionase al revés: se nos aparecen ya con algunos rasgos de lo que serán el día que sean, pero con la suficiente incorporeidad como para dejar pasar los palos a través de su cuerpo astral. El enigma está en saber si nacerán algún día. O si nacerá un día en el que ellos se quedarán en el limbo de los no nacidos. No todo el mundo tiene el derecho de nacer.

Tampoco todo el mundo tiene derecho a la realidad. El uso y disfrute de la realidad pertenece al pueblo, o si la palabra aparece como demagógica —que a ese extremo hemos llegado ya, a que sólo mencionar pueblo parezca halagar al pueblo—, a las gentes sin aspiraciones. Sin aspiraciones de poder. El pueblo sabe dónde pisa y quién le pisa; el político no lo puede saber, o tiene que no darse por enterado jamás. En lugar de ser realista, tiene que ser hábil. La habilidad consiste en emitir un gran número de palabras, eligiendo las mágicas en el mayor número posible, pero sin aludir nunca a la verdad.

¡Tiempos confusos! Tiempos báblicos, donde los constructores de la tierra que quiere ir hacia un cielo prudente sufren de la confusión de las lenguas dentro de un mismo idioma. ¡Políticos sin pentecostés! Distraído circo de nuestros días, circo de payasos y augustos. Donde el que recibe las bofetadas es siempre el mismo... ■

EL REINO DE LA CONFUSION

POZUELO

ACTA.—Levanto acta de que «El encapuchado» no pensó nunca que Ionesco y Moravia fueran comunistas; lo asegura en su «Arriba» (7 de junio). Dice que lo dijo Carmen Llorca, la cual también lo ha negado. No lo ha dicho nadie. Es natural. Me vuelvo atrás. ■ P.

LAS DUDAS SOBRE LA DEVALUACION DE LA PESETA

EN tanto no perdamos competitividad, no veo necesaria una devaluación de la peseta», ha dicho el ministro de Hacienda. «A este respecto —añade— no hay nada pensado, aunque si se siguen encareciendo los costes respecto a los países con los cuales comerciamos, sería una medida a considerar».

Las diplomáticas declaraciones del señor Cabello de Alba, junto

En este caso —y desde una perspectiva coyuntural, es decir, a corto plazo—, los efectos de una devaluación serían evidentes: Aumentarían nuestras posibilidades de exportar y se produciría una disminución de las importaciones.

La realidad es, sin embargo, más compleja. De un lado hay que tener en cuenta que si bien en algunos sectores productivos el crecimiento de los precios interiores

Carlos Elordi

con otros indicios que han aparecido en las últimas semanas, nos llevan a pensar, sin aplicar el «cuando el río suena, agua lleva», que el tema de la devaluación de la peseta respecto de las restantes monedas internacionales está de actualidad, tanto a nivel oficial como privado.

Las razones que en teoría podrían impulsar una medida de estas características son claras: Nuestra balanza de pagos está enferma, y de su dolencia es en gran medida responsable la balanza comercial, que registra durante todo 1975 un crecimiento —a tasas altísimas— de las importaciones y un estancamiento de las exportaciones —sobre todo en los últimos meses—, con la consecuencia lógica de un aumento del déficit comercial. Esta situación no sólo pone en peligro, desde luego no a corto plazo, nuestra liquidez internacional, es decir, nuestra capacidad de atender a los pagos internacionales, sino que compromete gravemente la marcha de nuestra economía y refuerza el espectro de una crisis generalizada.

Muy en teoría, la devaluación podría cambiar el sentido de nuestro sector exterior, máxime en un momento en el que la inflación española —que supera la tasa del 18 por ciento anual— está más de seis puntos por encima de la que conocen nuestros principales importadores. Ello quiere decir, repetimos que muy en teoría, aun cuando en algunos sectores estas apreciaciones puedan ser perfectamente reales, que nuestras exportaciones se encarecen y retraen a los compradores, y que al abaratare las importaciones, está aumentando la demanda de productos extranjeros.

constituye un «handicap» de cara a la exportación, en general la situación de los mercados extranjeros y las condiciones estructurales de la exportación son los elementos que más influyen en las dificultades de las que hablamos.

En primer lugar, y este ya es un tema conocido y motivo de muchas denuncias, porque el crecimiento de los precios interiores de un producto supera con mucho el de los precios de ese mismo producto en el extranjero: se vende más barato a los de fuera. Pero es que, además, y este es el problema más grave en la actual situación, los mercados internacionales no se encuentran en un momento boyante: Hace muy pocos días, los expertos de la OCDE han manifestado que la recuperación económica de los países integrados en la Organización no se espera para antes de principios de 1976, cuando hasta hace muy poco esos mismos portavoces indicaban que la recuperación habría de producirse en el segundo semestre de 1975. La economía occidental sigue en crisis, y el probable aumento del precio del petróleo va a agravar esta situación. En estas condiciones, pensar en aumentar las exportaciones de una manera sustancial, por mucho que se abaraten los precios gracias a una devaluación, no parece una postura razonable.

Pero es que, además, ha de tenerse en cuenta que para los fabricantes españoles, las dificultades de exportación no vienen sólo del lado del mercado exterior, sino de las condiciones en que se exporta: sin tradición, sin infraestructura comercial consolidada, —no se han hecho las inversiones necesarias para montarla— y muchas veces



sin poder ofrecer las garantías que exige el comprador, los 22.000 millones de crédito a la exportación que ha prometido el ministro de Comercio ante las cámaras de televisión van a ser notablemente insuficientes para fortalecer a nuestros exportadores de cara al exterior.

En definitiva, podemos resumir diciendo que de cara a las exportaciones, la devaluación va a poder hacer poco y que los cambios no van a ser sustanciales. En lo que respecta a las importaciones, los efectos, por otros motivos, van a ser igualmente escasos. Repásemos a este objeto la estructura de nuestras importaciones, que, como dijimos en estas mismas páginas —TRIUNFO, núm. 661, página 15—, aumentan a ritmos sorprendentes. En grandes bloques, los productos energéticos, y fundamentalmente el petróleo, constituyen el 25 por 100 de las mismas. Los productos alimenticios alcanzan el 12 por 100, el 58 por 100

son compras con fines industriales y productivos y tan sólo el 5 por ciento del total de importaciones está constituido por bienes de consumo superfluo.

Este rápido y aproximado análisis nos demuestra a las claras que la mayor parte de nuestra importación es inelástica a los precios, esto es, que son productos necesarios en un ritmo normal de actividad económica, y que un aumento de sus precios —a través de la devaluación— únicamente provocaría un crecimiento adicional de la inflación interior. El caso del petróleo y de los productos energéticos es evidente: no se va a reducir su consumo, a menos que la recesión general se acelere. Las compras de productos alimenticios, con una demanda normal como la que conocemos en estos momentos, se mantendrán, en líneas generales, por mucho que suba el precio: Las importaciones de azúcar y aceites vegetales, responsables máximos del aumento de las im-

portaciones de productos alimenticios, se producen porque, gracias a la política agraria, no hay azúcar ni aceites vegetales suficientes para satisfacer el mercado nacional.

Y en el caso de los «insumos» de la industria —el 58 por 100 del que hablábamos— la situación es idéntica: A menos que se produzca esa recesión profunda, la industria no va a dejar de consumir materias primas o productos terminados de los que carece. Y en el caso de que se abordara una política de sustitución de importaciones, como la que viene reclamando el sector de bienes de equipo, sólo tendría efecto a medio plazo, es decir, dentro de algunos años.

En última instancia, sólo ese 5 por 100 de consumo superfluo podría verse afectado. El esquema queda claro, por tanto: Una devaluación aislada de otras medidas económicas no causaría ningún efecto importante y, por el contrario, agravaría la actual situación.

Los casos de Inglaterra, Estados Unidos e Italia, que, sin llegar a una devaluación, han visto depreciarse sustancialmente sus monedas, es explicativo: Las dificultades, sobre todo en el caso del primero de esos países, no han hecho más que agravarse.

Entramos así en la parte crítica del problema: ¿qué clase de medidas económicas son necesarias para garantizar unos efectos positivos de la devaluación? Sencillamente los que configuran, en líneas generales, un plan de estabilización: congelación de precios y salarios, reducción del crédito bancario, medidas monetarias restrictivas de la oferta monetaria, control de las licencias de importación, etcétera. De un lado se conseguiría frenar la inflación interior y no eliminar los efectos positivos de la devaluación en muy corto espacio de tiempo, esto es, la reducción de los precios de exportación, y de otro, reducir la demanda interna de productos de importación. Una vez superado el período de estabilización, y siempre que se abordaran transformaciones a fondo, volveríamos a la normalidad. Casi nada.

Pero lo cierto es que si existe un objetivo económico claro del Gobierno en estos momentos, es precisamente el de evitar un Plan de Estabilización, de tan tristes recuerdos. Todas las declaraciones oficiales coinciden en este sentido. Ni la estructura industrial y financiera es la atrasada del año 1959, capaz de aguantar en sus planes a corto, medio y, sobre todo, largo plazo una situación de estas características, ni las condiciones sociales son las mismas: Una congelación salarial a fondo, junto con un aumento sustancial del paro, pueden crearle crisis sociales y políticas muy graves al actual Gobierno, crisis que se verían agravadas por la protesta y desconfianza del sector empresarial.

Parece, por tanto, que el Gobierno tratará de quemar todos los cartuchos antes de llegar a una devaluación, que, aparte de sus efectos psicológicos negativos, es inseparable del conjunto de medidas que antes señalábamos, configuren o no un plan de estabilización. ¿Qué puede hacer? Poco. El fomento de las exportaciones es discutible, como apuntábamos. El freno a las importaciones, con medidas como podría ser el recorte de la concesión de licencias, que al parecer se está practicando, tiene graves limitaciones, máxime en un país como España, que, dada su precaria posición internacional —económica y política—, no puede permitirse el lujo de molestar demasiado a sus vendedores.

Si la situación no se agrava excesivamente, lo cual, a la vista de la marcha del sector exterior en el primer cuatrimestre, no es descartable del todo, no habrá devaluación antes del otoño. Luego, ya veremos, no olvidando que el Gobierno tiene escasísimos instrumentos para hacer frente a la situación. Pero, por lo que pudiera ocurrir, algunos grupos ya están empezando a especular contra nuestra moneda en los mercados exteriores, con la probable fuga de divisas que dichas especulaciones suponen. A lo mejor tienen que esperar un poco. ■